



Una fallida Odisea del siglo XX en *El buen italiano* (Edoardo De Angelis, Italia, 2023)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Italia, 2023. Título original: Comandante. Compañías: Indigo Film, O' Groove, Tramp Ltd, Wise Pictures, VGroove. Dirección: Edoardo De Angelis. Guion: Edoardo De Angelis y Sandro Veronesi. Música: Robert Del Naja. Fotografía: Ferran Paredes. Reparto: Pierfrancesco Favino, Massimiliano Rossi, Johan Heldenbergh, Silvia D'Amico, Arturo Muselli, Giuseppe Brunetti, Gianluca Di Gennaro, Johannes Wirix, Pietro Angelini, Mario Russo y Cecilia Bertozzi. Duración: 120 min.

No son pocas las películas que se han rodado sobre la guerra submarina y, más aún, en el marco de

la Segunda Guerra Mundial como las clásicas *Duelo en el Atlántico* (Dick Powell, 1957) y *Das Boot* (Wolfgang Petersen, 1981), o las más recientes, la fallida *U-571* (Jonathan Mostow, 2000) y la más lograda *Greyhound* (Aaron Schneider, 2020), por citar algunas (además de la serie alemana *Das Boot*).



En este sentido, *El buen italiano* aborda, precisamente, un tema poco conocido como fue la participación italiana en la batalla del Atlántico, a través de la historia del sumergible Cappellini, comandado por Salvatore Todaro (Pierfrancesco Favino), cuya misión es atravesar el peligroso estrecho de Gibraltar y hundir todos los barcos *enemigos* posibles. Hasta ahí, la historia parece recoger los mimbres clásicos, pero el director elige una senda diferente introduciendo una serie de ingredientes propios. Pretende convertir al personaje de Salvatore en una especie de Ulises (honorable, feroz e intuitivo que deja incluso a un marinero en tierra, salvándole la vida) y hacer de su campaña naval una *Odisea* contemporánea. Para ello, el director

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.579-582>

Copyright © 2024 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

no deja de usar (abusar) de la voz en off, para desvelar el pensamiento de los personajes, incluso del marinero que se sacrifica por sus compañeros, cuando sale al exterior a cortar el clave de una mina. El recurso es bueno si se sabe emplear de forma adecuada (como hace Scorsese), pero aquí los largos parlamentos que pretenden ser brillantes, resultan cansinos y frenan el ritmo narrativo, y contrastan con el tono soez y ordinario de otros diálogos.



Frases como “para mí la victoria es la batalla” o “el arte del marinero es morir en el mar”, se utilizan de forma grandilocuente, como si estos marinos fuesen poetas y no navegantes, y chirrían, porque no se busca el momento para expresarlos y que resulten convincentes.

No cabe duda de que el filme es un homenaje a los marinos italianos que sirvieron en la armada real en aquella época aciaga. Nobles, generosos, jóvenes, salvo sus oficiales, comprometidos por defender la patria de los *enemigos* (y que pagaron un alto precio) y que se consagra en el instante

clave de la película, cuando Salvatore decide actuar de una forma *humana*, recogiendo a los naufragos belgas del barco que acaba de hundir...



No se obvia que Italia formó parte de una alianza con el Tercer Reich y que era un estado fascista. Sin embargo, esa controvertida cuestión se dejará bien zanjada en el instante dado en el que un marinero belga le reprocha que es un sucio fascista. Será la única escena en la que el comandante pierde la compostura y sus templados nervios de acero respondiéndole enfadado que él es un *lobo de mar*, como si fuese una raza de caballeros de otro tiempo.



Así, la realización navega por unas aguas difusas, donde el sacrificado protagonista, Salvatore, inválido (por un accidente), decide dejar a su esposa embarazada y a su



hijo, para enrolarse y actuar como corresponde a un buen italiano defensor de su patria, sabiendo que, a diferencia de Ulises, él no volverá.

La arrebatadora fotografía, así como los planos en los que se muestra un banco de medusas bajo el agua y a contraluz, que contrastan con las detonaciones anaranjadas de las bombas antisubmarinas, es soberbia, pero tal esmerada composición visual queda lastrada por la forma de narrar del cineasta. Es como si no eligiera bien el planteamiento de las escenas. Primero, perfila la dura vida dentro de un submarino y sus tensiones de una manera descuidada. Entre comida y comida se observa el deterioro de las condiciones alimentarias y, por lo tanto, los rigores de esta existencia subacuática. Pasan de comer unos ricos ñoquis a un sopa insípida. La tonta discusión entre dos marineros por un

tema de fe u otros rasgos personales no dan lugar a perfilar a los marineros de una forma más individual (de hecho, se conoce más de la vida del joven teniente belga capturado que de la de los italianos) y el mismo comandante, en voz en off, traza la variada composición territorial de los integrantes de la tripulación (con sus dialectos) de una forma falsamente integradora e idealizada. Todos hermanados.



Segundo, las escenas de acción son repentinas e, incluso, poco claras, como cuando se ven sorprendidos por el ataque de un avión británico salido de la nada; o más, cuando por fin, tras salvar el obstáculo de Gibraltar, hunden su primera nave tras una ¿lucha a cañonazos? Un submarino lo hubiera evitado sabiendo que de ser alcanzado sería fatal para su supervivencia (lejos de todo refugio). Su habilidad y defensa es la invisibilidad... Espectacular escena, sí, pero nada creíble.



Será a partir de aquí cuando la trama recobre cierta entereza al tener que encarar el comandante el dilema moral de abandonar a los supervivientes a su suerte (como hacen los nazis, le indica su segundo oficial) o atenderlos. Más tarde, cuando los belgas dan por seguro que van a morir, de repente, regresa el sumergible (de forma inesperada) para remolcarlos. La situación se complicará cuando la

lancha se rompa y deban acomodarlos dentro del sumergible. Si la vida ya es rigurosa dentro de este “pez de acero”, otro rasgo es la suma estrechez. Algunos de los naufragos se acomodarán dentro de pie y otros en la torreta, abierta a la intemperie, lo que vuelve a situar a Salvatore ante otro problema. Sabe que si ordena la inmersión aquellos hombres perecerán irremediabilmente. Por supuesto, la aparición de una flota británica volverá a tensionar el drama.

El buen italiano es una película irregular, algo pesada e histriónica, que comulga con marcadas dosis de heroico patriotismo sensiblero (con las muy secundarias féminas como las valientes sufridoras), aunque con un toque diferente, porque aborda el humanitarismo en el mar en tiempos de guerra.

¿Podría tener una lectura más actual? Y cuyo fin es mostrar la nobleza del alma italiana y cómo debe hacer frente al problema de la migración irregular ante sus costas. Habría que preguntárselo al director.

Si es así, sería un bonito mensaje que compensará las deficiencias de la historia y su falta de discurso antibelicista.